

P

ara burlar la mala memoria

La novelística hispanoamericana contemporánea, que hasta la fecha parecía ser sólo oficio masculino, se ha visto enriquecida con la aparición de una novela que coloca a su autora entre los más destacados narradores de nuestro continente.

Desde su publicación en Barcelona, a fines del año 82, *La Casa de los Espíritus* de Isabel Allende (Plaza y Janés, Barcelona, 12a ed., 1984) sigue editándose, traduciendo, ganando premios y lugares de preferencia entre los lectores europeos. Esta obra constituye la primera incursión en el género de la periodista chilena Isabel Allende, ex-directora y ex-redactora de la revista *Paula* en Santiago, y que actualmente vive exiliada en Venezuela.

Un éxito tan rotundo se debe, tal vez en parte, a que Isabel Allende se atrevió a contar una historia desde la A hasta la Z, con lucidez, humor y desprejuicio estilístico, en una época en que la novela se ha convertido en ejercicio retórico para especialistas en ciencias del lenguaje. Y también, a que este primer libro es una obra adulta, compleja, sólidamente construida que permite varios niveles de lectura.

La autora cree en el poder mnemotécnico y terapéutico de la escritura. En efecto,

uno de los narradores explica al comienzo y al final del relato por qué escribe: "para rescatar la memoria del pasado y sobrevivir a mi propio espanto".

A través de la historia de una familia, que abarca setenta y tantos años de nuestro siglo, Isabel Allende nos enfrenta a los mitos y dogmas de esta era de "la ciencia y de la técnica" para luego conducirnos a la desacralización de un ritual aparentemente inexorable que rige no sólo el destino de sus personajes, sino también el del hombre actual.

Los hechos están enfocados desde dos puntos de vista, desde dentro y desde

fuera, desde dos ángulos de visión, el del actor y el del espectador, el de la primera y el de la tercera persona, lo cual permite ver los acontecimientos en su verdadera dimensión y concede profundidad al pensamiento.

El fundador de esa familia, Esteban Trueba, es el prototipo del *self made man*, el joven pobre pero ambicioso que gracias a su esfuerzo-y-sacrificio logra alcanzar riqueza y poder, vale decir, una especie de patente de corso que le permite pisotear impunemente a quien se atravesase en su camino, sin perder por ello el sueño, porque se refugia en el mito del orden y el

progreso para acallar su conciencia. Trueba es el producto de una sociedad, el representante de una clase social en ascenso y que luego se consolida. Tímido y retraído en sus comienzos, pero tesonero y pragmático llega a convertirse en el macho admirado y temido por vasallos e iguales. El rasgo predominante de su personalidad es el mal genio y la brutalidad. Es la imagen del triunfador, de aquél que consigue lo que persigue a como dé lugar. Sus relaciones con los demás están estrictamente codificadas. En materia de justicia social su opinión es tajante: "¡Justicia! ¿Es justo que todos tengan lo mismo? ¿Los flojos lo mismo que los trabajadores? ¿Los tontos lo mismo que los inteligentes? ¡Eso no pasa ni con los animales! No es cuestión de ricos y pobres, sino de fuertes y débiles..."(p.125).

En cuanto al sexo opuesto, como todos los jóvenes de su generación, distingue entre "las mujeres decentes y las otras" y divide a las primeras en "propias y ajenas". El romanticismo le parece "peligroso e inútil". Hasta que aparece Rosa, esa criatura de belleza sobrenatural que le cautiva el alma. La pasión lo humaniza llevándolo a poner la ambición al servicio del amor. Con un ardor digno de un Lanzarote o de un Amadis,

